

Muchachas de la FALANGE



La Escuela de Mandos menores "SANTA FE"

P O R B R A D O M I N



A través de la ventanilla abierta del tranvía se perfila, lleno de sol y fragante de verdor, el paisaje de las afueras granadinas... Y es el cielo ya despierto, y es el balanceo suave de los viejos árboles, y son los bancales cultivados con esmero, y la música sempiterna del agua oculta que en Granada juega siempre al escondite con el visitante. Es temprano, y por eso somos pocos los viajeros del tranvía: un señor con aire de catedrático, una mujer del pueblo con un niño que llora generosamente, dos estudiantes que hablan de Diana Durbin y una muchacha joven, seria, con el uniforme de nuestra Falange. «Esta muchacha debe de pertenecer a la Escuela; acaso fuera conveniente abordarla para suavizar la intromisión en la vida ajena que la interviú supone.» El cronista, a pesar de que su profesión se lo prohíbe, es tímido; el cronista desearía que, como las novelas de amor, el pañuelo de la joven cayese al suelo para recogerlo gallardamente y devolverlo, dando pie este sencillo motivo a una primera conversación con su dueña. Pero el pañuelo de la linda camarada va bien seguro en su bolsillo, sin ganas, al menos a simple vista, de precipitarse al suelo. Son los minutos de indecisión que la fuerte vocación que el cronista anida en su pecho resuelve por fin en un rapto de audacia.

—Señorita...

La señorita me mira desconfiando. Acaso me toma por un Tenorio ocasional, o quizá por un equivocado; sus ojos me miran sin decir nada, y su boca calla también.

—Verá usted... Desearía, si no tiene inconveniente... Acaso pertenezca usted a la Escuela de Mandos... Y si usted quisiera, sin duda alguna podría...

(El cronista podría alardear de mundo y sociabilidad, de aplomo y desenvoltura; pero en esta ocasión prefiere hacer alarde de sinceridad.)

Ahora los ojos de la joven camarada tienen un imprescindible destello irónico. Al fin la oigo:

—Sí; pertenezco a la Escuela de Mandos, y hacia ella me dirijo. ¿Deseaba algo?

El periodista, satisfecho al fin por la claudicación de la esfinge, se explaya en explicaciones:

—Se trata de una información... La revista Y quiere saber... Nuestras numerosas lectoras se interesan..., etc., etc.

Nuestra interlocutora sustituye el destello irónico de sus ojos por un destello de alegría. La Prensa sigue siendo, como siempre, una ocurrente señora digna de veneración.

—¿Para la revista Y? Muy bien; venga conmigo, que creo le podré informar; soy la Jefe de la Escuela de Mandos «Santa Fe».

En efecto, Conchita Linde, mi interlocutora, morena, joven y graciosa, es